



EL INVESTIGADOR PRIVADO VISITA LA BIBLIOTECA

Entre otras cosas, la actividad básica de un detective privado es buscar información. Hasta ahora ningún sistema bibliotecario se ha preocupado de las necesidades de información de este colectivo profesional. Pongamos las cartas sobre el tapete.

El investigador privado, el detective, es uno de los mitos de la cultura popular de este siglo. La figura del hombre de vida independiente que resuelve casos criminales, gracias a su tesón e inteligencia, poniendo en riesgo su vida, manteniendo unos valores éticos personales, que le hacen estar por encima del sistema y responder solo ante sí mismo. Es un antihéroe, voluntariamente apartado del sistema, quizá por su exceso de lucidez, y no querer tragar la mierda necesaria para ser policía.

Olvidemos de un plumazo a los detectives aristocráticos, fundadores del género, como Hercule Poirot, Mrs. Marple o Sherlock Holmes, del que ya hablamos largo rato desde estas páginas, los cuales van desenrollando el hilo de la trama en enigmas de salón, sin despeinarse y en altas compañías, hasta llegar a una conclusión brillante.

Estamos hablando del duro y cínico investigador privado Sam Spade o Philip Marlowe, o Mike Hammer o Pepe Carvalho, con gabardina, sombrero de gánster, fumador escéptico, desengañado, bebedores que investigan casos de mala muerte. Detectives en blanco y negro, con el aspecto de Humphrey Bogart en "El sueño eterno" o "El halcón maltés".

A diferencia de la policía o de los espías, el detective debe recoger información sin disponer de unos enormes archivos oficiales de antecedentes y sin los sofisticados sistemas de información de las agencias de seguridad militar. Solo cuenta con los recursos que cuenta todo ciudadano y algún que otro truco.

Los detectives siempre tienen un amigo policía, lealtad mantenida desde los lejanos tiempos en que perteneció al cuerpo, antes del turbio expediente. A través de él accede a información puntual del sistema policial, los grandes archivos del FBI. Además cuenta con amistades situadas en otros puntos estratégicos del sistema: el archivo del Times, tráfico, telefónica.

En los millones de historias de detectives con que nos ha regalado este siglo XX, vemos que estos prefieren la información primaria al documento secundario. Siempre que pueden prefieren recabar el relato de los acontecimientos directamente de los interesados, captar los temblores de voz, la sinceridad, los puntos oscuros. Además, a diferencia de los funcionarios de la policía, intercambia con ellos información: él aporta alguna luz sobre un punto desconocido, y recoge un poco más de la verdad que tendrá que encajar en el puzzle. Como además vive cercano a los bajos fondos, sus amigas prostitutas, dueños de billares, son soplones de confianza mejores que cualquier news o correo electrónico.

Se pueden extraer analogías interesantes de la figura del investigador privado. Trabaja solo, y por lo tanto, es lo más ajeno que puede haber a un sistema bibliotecario, una organización que, a través de su mecánica imparable, pone a disposición del público los documentos.

Observo que los usuarios avanzados, los investigadores, que llevan tiempo trabajando sobre un tema, tienen comportamientos de detective: amigos documentalistas, profesionales, profesores, que les agilizan el acceso a la información, pues sus necesidades se salen de la norma. Mucho soplón, mucho fondo de reptiles.

El detective para conseguir información vital para su caso, para su investigación, para su artículo, necesita falsificar su carnet de biblioteca, y hacerse pasar, como Harry Angel en la película "El corazón del ángel" por Inspector del Instituto Nacional de Salud, para poder ver la ficha de un enfermo. Mientras que el carnet del FBI es un carnet universal que abre los rincones más oscuros de cualquier biblioteca, archivo o base de datos, el detective, el investigador, el ciudadano interesado, debe usar trucos y argucias, ilegales pero éticamente necesarias.

Llegados a este punto podemos ir un poco más allá, mezclando habilidosamente las figuras que se empezaban a confundir: el estudioso de un tema y el detective de un caso. Esto lo podemos encontrar en dos libros parecidos, pero de distinta factura: "El Club Dumas" y "El Péndulo de Foucault"

Arturo Pérez-Reverte construye en "El club Dumas" un clásico libro de aventuras, de lectura envolvente y placentera. La trama se desarrolla a partir de la búsqueda de un capítulo manuscrito de Dumas de "Los tres mosqueteros", y la clave para entender la historia está en los libros, su comercio, sus ediciones. El detective es una mezcla entre la figura tradicional del cine negro y un bibliófilo desencantado. El libro es continuamente fuente de información, tanto clave como objeto del misterio.

Pero vayamos a la versión complicada del tema, "El Péndulo de Foucault", el libro de la expansión del hipertexto, donde todo hace referencia a todo. Una vez más el genial Umberto Eco construye la profesión sueño de todo profesional de información soñador, el Detective de la Cultura: Mientras hace su tesis sobre los templarios, descubre que posee cantidad de conocimientos librescos inútiles por separado, pero que relacionados permiten muchas cosas. Uniendo esto a otras labores menos vistosas como hacer tesis por encargo, monta una agencia de investigaciones culturales, en sus palabras "un Sam Spade de la cultura". Es un experto en manejar ficheros, ediciones de libros, bibliotecas, enciclopedias, traducciones.

Por supuesto que todos estos profesionales independientes de la investigación, trasiegan por las clasificaciones y materias generales, con una mueca irónica en los labios, mientras van tomando notas personales en su libreta, relacionando temas, construyendo un sistema documental propio desde el que dan sentido a las bibliotecas. ¿Qué sería de nosotros sin estos detectives? ¿Sería difícil hacer los servicios documentales a su medida, pero que saben que ellos por sí solos no podemos nosotros?

✍ Tomás Saorín

